

Recuerdo haber visto un mono en la feria de Villers-Cotterets, que hacia el ejercicio; pero le haria probablemente como lo puede hacer un mono, sin regularidad.

¡ Ah ! exclamó Pitou, ¡ qué feliz pensamiento !

Y al punto abriendo el compás de sus piernas iba ya á empezar á cruzar el espacio, cuando una reflexion le detuvo.

Mi desaparicion les admiraria, dijo; prevengámosla.

Y enviando á buscar á Claudio y á Maniquet, les habló del modo siguiente :

— Señalad el dia de pasado mañana para el primer ejercicio.

— ¿ Y por qué no mañana mismo? preguntaron los dos subalternos.

— Porque estais vosotros dos muy fatigados y antes de instruir á los soldados quiero instruiros á vosotros. Y hablando de otra cosa, tened entendido que es preciso que os acostumbréis á obedecer sin hacerme observaciones.

Los dos subalternos se inclinaron respetuosamente.

— Está bien, dijo Pitou, con que señalad el dia de pasado mañana para el primer ejercicio.

Los dos gefes se inclinaron por segunda vez y salieron de casa de Pitou, para irse á acostar, pues eran ya las nueve de la noche.

Pitou los dejó marchar, y así que hubieron desaparecido tras de la esquina de la casa, salió á su vez y tomando una direccion opuesta, se puso en quince minutos en el punto mas sombrío y espeso de la selva.

Veamos ahora cuál era la idea luminosa que iba á sacar á Pitou del apurado compromiso en que se encontraba.

#### CAPITULO LXIV

El padre Clouis y la piedra Clouise, ó cómo Pitou llega á ser un táctico y adquiere aire marcial.

Pitou anduvo así por espacio de media hora, internándose cada vez mas en la selva.

Habia entre aquellas espesuras de tres siglos, apoyada

contra una roca y en medio de zarzas formidables, una cabaña edificada hacia treinta y cinco ó cuarenta años, y que guardaba un personage que habia sabido, por su propio interés, rodearse de cierto misterio.

Esta cabaña medio socavada en la tierra y entretejida en su parte exterior con ramage, no tenia otra abertura para dar entrada al aire y á la luz, que un agujero oblicuamente practicado en el techo. Asemajábase á las cabañas de los gitanos de Albaicin, y se descubria á veces á las miradas por el humo azul que se escapaba de su hoguera.

De otra manera, nadie, escepto los guardas de la selva, los cazadores y las gentes que vivian en los alrededores, hubiera adivinado que aquella cabaña sirviese de morada á un hombre.

Y no obstante, hacia cuarenta años que vivia allí un anciano guardia que estaba retirado del servicio, pero á quien el duque de Orleans, padre de Luis Felipe, habia concedido el permiso de vivir en la selva, conservar el uniforme y tirar un tiro cada dia del año á una liebre ó á un conejo, Las aves y la caza mayor, estaban esceptuadas en este permiso.

El buen hombre tenia en la época de que hablamos sesenta y nueve años. En un principio le llamaban Clouis nada mas, y despues el padre Clouis, cuya variacion se fué operando con el trascurso de los años.

Con su nombre habia sido bautizada la inmensa roca en que se hallaba apoyada su cabaña, llamándola la piedra de Clouis.

Habia recibido una herida en Fontenoy, y á consecuencia de esta herida habia perdido una pierna.

Y esta es la razon porque retirado muy pronto del servicio, habia obtenido del duque de Orleans los privilegios de que acabamos de hablar.

El padre Clouis no penetraba jamás en las ciudades, y no iba mas que una vez al año á Villers-Cotterets para comprar trescientas sesenta y cinco cargas de escopeta y trescientas sesenta y seis en los años bisiestos.

En el mismo dia llevaba á casa de Mr. Cosme, som-

brerero de la calle de Soissons, trescientas sesenta y cinco pieles, mitad de liebre y mitad de conejo, por las que recibía una suma de sesenta y cinco libras tornésas.

Y cuando decimos trescientas sesenta y cinco pieles en los años ordinarios, y trescientas sesenta y seis en los bisiestos, no nos equivocamos un una sola, porque el padre Clouis, teniendo derecho á un tiro diario, se habia compuesto de manera que mataba una liebre ó un conejo con cada disparo.

Y como nunca tiraba un tiro mas ni menos de los que le concedian, el padre Clouis mataba ciento ochenta y tres liebres y ciento ochenta y dos conejos en los años ordinarios, y ciento ochenta y tres liebres y ciento ochenta y tres conejos en los años bisiestos.

Manteniase con la carne de estos animales, bien los comiese ó bien los vendiera, y con la piel compraba la pólvora y las municiones, quedándole todavía un sobrante.

Por otra parte, una vez al año se dedicaba á una pequeña especulacion.

La piedra en que se apoyaba su cabaña, ofrecia un plano inclinado como el de un tejado.

Este plano tenia un espacio de unos diez y ocho pies en su mayor estension, y un objeto colocado en su parte mas elevada, descendia suavemente hasta la mas declive.

El padre Clouis esparció poco á poco en las aldeas vecinas, por medio de las buenas mugeres que venian á comprar sus liebres ó sus conejos, la noticia que las jóvenes que el dia de San Luis se dejasen deslizar tres veces por el plano, se casarian durante el año.

El primer año, muchas muchachas solteras acudieron á la piedra, pero ninguna se atrevió á dejarse escurrir.

Al año siguiente se aventuraron tres de ellas, y dos se casaron durante el año, y la tercera que quedó soltera, el padre Clouis afirmó resueltamente que si la habia faltado marido, era porque no se habia dejado escurrir con la misma fé que las otras.

Al año siguiente todas las jóvenes de los alrededores acudieron al plano inclinado.

El padre Clouis declaró que no habria suficientes hombres para tantas muchachas, pero que á pesar de todo, una tercera parte de ellas, que serian las que tuviesen mas fé, se casarian.

Y con efecto, un buen número de ellas lograron casarse.

Desde entónces, la reputacion matrimonial de la piedra Clouise, quedó establecida, y todos los años San Luis tuvo una doble fiesta; en la ciudad y en la selva.

El padre Clouis hizo la peticion de un privilegio.

Como era imposible permanecer allí todo el dia, sin comer ni beber, el padre Clouis consiguió que le permitieran dar de comer y beber á sus huéspedes y á sus huéspedes, pues los jóvenes habian llegado á hacer creer á las muchachas que para que la virtud de la piedra fuese infalible, era preciso deslizarse juntos por el plano inclinado y á un mismo tiempo.

Treinta y cinco años hacia que el padre Clouis vivia de este modo. El país le trataba como los árabes tratan á sus marabus, y habia pasado al estado de leyenda.

Pero lo que preocupaba, sobre todo, á los cazadores, y hacia comerse de envidia á los guardas, era que estaba averiguado con toda certeza que el padre Clouis no tiraba al año mas que trescientos sesenta y cinco tiros, y que con estos trescientos sesenta y cinco tiros mataba ciento ochenta y dos liebres y ciento ochenta y tres conejos.

Mas de una vez los señores de Paris invitados por el duque de Orleans á ir á pasar algunos dias al palacio, habiendo oido referir la historia del padre Clouis, habian ido á depositar un luis ó un escudo, segun la generosidad de cada uno, en su callosa mano. Mil veces habian intentado sorprender el secreto de un hombre que mata trescientas sesenta y cinco piezas con trescientos sesenta y cinco tiros.

Pero el padre Clouis no habia podido darles otra esplicacion que esta: en el ejército habia, con este mismo fusil cargado con bala, adquirido la costumbre de matar un hombre por cada disparo; lo que habia hecho cargand

con bala y apuntando á un hombre, lo habia hallado mucho mas fácil de hacer con perdigones respecto á un conejo ó una liebre.

Y á los que se sonreian oyéndole hablar de esta manera, el padre Clouis les preguntaba :

— ¿Pues por qué haceis fuego sin estar seguro de matar la pieza?

Frase que hubiera sido digna de figurar entre las de Mr. de La Palise.

— ¿Pero por qué, le preguntaban, el duque de Orleans, que no era ningun avaro, no os ha concedido mas que un tiro cada día?

— Porque mas, hubiera sido una escesiva ganancia, y el duque me conocia demasiado bien.

La novedad de aquel espectáculo, y lo singular de aquella teoría, producian un año con otro una docena de luises al anciano anacoreta.

Como ademas él ganaba otro tanto con sus pieles de conejos y con el dia de fiesta que habia instituido, y como que no gastaba mas que un par de botines, ó mejor dicho, un botín cada cinco años, y un traje cada diez, el padre Clouis tenia un pasar muy decente.

Así es que corrian voces de que tenia un gato lleno de buenos luises, y que el que lo heredara haria un excelente negocio.

Este era el singular personaje á quien Pitou iba á buscar durante la noche, cuando le ocurrió el feliz pensamiento que debía sacarle de su apuro.

Lo mismo que el anciano pastor de los rebaños de Neptuno, Clouis no se dejaba atrapar así como quiera; y distinguía al primer golpe de vista al importuno improductivo del viagero opulento, y ya que iba siendo poco accesible aun para estos últimos, júzguese cómo trataría á los primeros.

Clouis se hallaba acostado sobre su lecho de hojas, lecho maravilloso y aromático que le proporcionaba la selva en el mes de setiembre, y que solo tenia precision de renovar en el mismo mes del año siguiente.

Eran las once de la noche y hacia un tiempo claro y fresco.

Para llegar á la cabaña del padre Clouis, era preciso apartar el ramage de un olmo; ramage tan espeso, que el ruido que producía esta operacion anunciaba las visitas al anacoreta.

Pitou hizo cuatro veces mas ruido que el que hubiera hecho otro cualquiera.

El padre Clouis levantó la cabeza y miró, pues se hallaba despierto.

Se hallaba aquel dia con un humor feroz, pues le habia sucedido una terrible desgracia que le hacia inaccesible á sus frecuentes visitantes.

La desgracia era terrible, con efecto. Su fusil, que le habia servido por espacio de cinco años con bala y treinta y cinco con perdigones, habia reventado al hacer fuego á un conejo.

Este era el primer tiro perdido en aquellos treinta y cinco años; pero el conejo sano y salvo, no era lo único que agobiaba de dolor al padre Clouis. Dos dedos de su mano izquierda habian quedado muy estropeados por la esplosion. Clouis habia logrado arreglarse sus dedos con yerba machacada, pero no habia podido componer su fusil.

Para procurarse otro era necesario que el padre Clouis acometiese á su tesoro, y aun cuando hiciera este sacrificio por uno nuevo, y empleara en él la cantidad exorbitante de dos luises, ¿qué sabia él si este fusil seria tan certero como el que acababa de reventar?

Como veremos, Pitou llegó en un momento fatal.

Así es, que, cuando puso las manos en el picaporte de la puerta, el padre Clouis exhaló una especie de gruñido que hizo retroceder al comandante de la guardia nacional de Haramont.

¿Era algun lobo ó alguna jabalina con su cría la que ocupaba la cabaña?

Así es que Pitou se detuvo.

— ¡Hola, padre Clouis! gritó.

- ¿Qué hay? preguntó el misántropo.  
 Pitou se tranquilizó al reconocer la voz del digno anacoreta.
- Estais ahí, ¿eh?
- Y despues, dando un paso en el interior de la cabaña y haciendo una cortesía á su propietario :
- Buenos días, padre Clouis, dijo Pitou con la mayor amabilidad.
- ¿Quién vá? preguntó el herido
- Yo.
- ¿Y quién eres tú?
- Yo, Pitou.
- ¿Y quién es Pitou?
- Yo, Angel Pitou de Haramont.
- ¿Y qué me importa á mí que seais Angel Pitou de Haramont?
- ¡Oh! exclamó Pitou; seguramente el padre Clouis no tiene buen humor y le he despertado á mala hora.
- A muy mala hora; teneis razon.
- ¿Y qué es lo que debo hacer?
- Lo mejor que podeis hacer es marcharos por donde habeis venido.
- ¿Sin hablar lo que os tengo que decir?
- ¿Hablar? ¿y de qué?
- De un gran servicio que podeis prestarme, padre Clouis.
- Yo no presto servicios de balde.
- Es que yo pago los servicios que se me hacen.
- Es muy posible, pero yo no puedo servirlos ahora de nada.
- ¿Pues cómo?
- Ya no mato conejos.
- ¿Que no matais ya? ¿vos que no perdeis un solo tiro? eso no puede ser, padre Clouis.
- Idos con Dios, ya os lo he dicho.
- ¡Mi querido padre Clouis!
- Me estais fastidiando.
- Escuchadme, y no tendreis de qué arrepentiros.

- Veamos, y acabad pronto : ¿qué es lo que quereis?
- Sois un veterano.
- Bien, ¿y qué hay con eso?
- Pues bien, yo deseo, padre Clouis...
- ¡Acaba tunante!
- Quiero que me enseñeis el ejercicio.
- ¿Estais en vuestro cabal juicio?
- Estoy en el pleno ejercicio de mi razon. Enseñadme, pues, el manejo del fusil, padre Clouis, y hablaremos del precio.
- ¡Oh! decididamente este animal está loco, dijo el padre Clouis incorporándose sobre las hojas secas.
- Padre Clouis, esté ó no esté, enseñadme el ejercicio como lo hace el ejército, en doce tiempos, y pedidme luego lo que querais.
- El anciano se levantó sobre una rodilla, fijando su mirada salvaje sobre Pitou.
- ¿Lo que quiera? preguntó.
- Sí.
- Pues bien, lo que mas deseo en este mundo es un fusil.
- No podeis llegar á mejor hora, pues tengo treinta y cuatro fusiles.
- ¿Tienes treinta y cuatro fusiles?
- Y estoy seguro de que el que he escogido para mí sería de vuestro agrado. Es un magnifico fusil de sargento con las armas del rey embutidas en oro sobre la culata.
- ¿Y cómo te has hecho con ese fusil? ¿Sin duda no lo habrás robado?
- Pitou le refirió su historia con franqueza y lealtad.
- Está bien, dijo el anciano guardia; quiero enseñarte el ejercicio; pero es el caso que tengo dos dedos malos.
- Y á su vez refirió el padre Clouis la desgracia que le habia sucedido.
- Bien, bien, dijo, no os ocupeis mas de vuestro fusil, pues ya está reemplazado; ya solo debeis cuidar de vuestros dedos, y no es como los fusiles, pues no tengo treinta y cuatro dedos á mi disposicion.

— En cuanto á los dedos, no es cosa lo que me importa, y con tal que me prometas que mañana estará aquí el fusil, puedes empezar desde ahora.

Y diciendo esto se levantó.

La luna del cenit vertía torrentes de luz blanca sobre un claro que se extendía delante de la casa.

Pitou y el padre Clouis se adelantaron hácia aquel claro.

Cualquiera que hubiese visto en medio de aquella soledad aquellas dos sombras negras gesticular envueltas en la misteriosa luz de la luna, no hubiera podido menos de sentir un primer movimiento de terror.

El padre Clouis tomó su destrozado fusil, que enseñó á Pitou lanzando un suspiro, y empezó por enseñarle la posición y la apostura militar.

Era además una cosa muy curiosa ver á aquel anciano encorvado por la costumbre de pasar por bajo de las ramas, y que rejuvenecido por el recuerdo del regimiento, y aguijoneado por el ardor del ejercicio, movía con orgullo la cabeza poblada de canos cabellos que caían sobre sus hombros.

— Ten mucho cuidado con lo que yo hago, decía á Pitou; mirando es como se aprende; y cuando me hayas observado bien, pon tú en práctica mis lecciones, y yo te miraré también á tí.

Pitou repitió la lección.

— Mete esas rodillas, coloca bien esos hombros, y mueve la cabeza con libertad, coloca los pies de modo que tengas una buena base; ¡ bastante largos son, voto á sañes!...

Pitou obedecía con la mayor exactitud.

— Bien, dijo el anciano; tienes un aire enteramente marcial.

Estas palabras halagaron mucho el amor propio de Pitou, pues no había esperado adelantar tanto.

Con efecto, tener el aire marcial despues de una hora de ejercicio únicamente, era mas de lo que podría prometerse.

Pitou quería continuar, pero ya era bastante para una lección.

— Basta, basta, dijo el padre Clouis; con enseñar esta lección á tus soldados, ocuparás cuatro días, y gracias; y durante este tiempo vendrás dos veces.

— ¡ Cuatro!

— ¡ Ah! veo que tienes grande entusiasmo y muy buenas piernas. Sea cuatro veces ya que te empeñas; pero te advierto que nos encontramos al fin del último cuarto de luna, y que mañana no veremos bien.

— Haremos el ejercicio dentro de la cabaña.

— Sí, trae una vela.

— Una libra de velas si es menester.

— Está bien. ¿ Y mi fusil?

— Mañana mismo le tendreis.

— Cuento con ello. Veamos ahora si recuerdas todo lo que te he dicho.

Pitou volvió á empezar y lo hizo de modo que el padre Clouis no pudo ménos de cumplimentarle. Pitou enaginado de alegría hubiera ofrecido un cañon al padre Clouis.

Concluido este segundo ensayo, se despidió de su interlocutor y volvió á Haramont donde todos dormían con el mas profundo sueño.

Pitou soñó que mandaba en jefe un ejército de muchos millones de hombres, y que mandaba hacer evoluciones al universo entero colocado en una fila, con una voz que resonaba en el valle de Josafat.

Desde el día siguiente dió lección á sus soldados con una seguridad y un aplomo que le valieron la admiración de todos y anmentaron su prestigio.

¡ Oh popularidad! soplo imperceptible.

Pitou se popularizó y fué admirado de los hombres, de los niños y de los viejos.

Hasta las mugeres quedaban pensativas y se ponían graves cuando en su presencia gritaba con una voz de Stentor á sus treinta soldados colocados en una sola fila:

— « ¡ Pardiez! ¡ ese aire noble! ¡ miradme á mí! »

Y con efecto, Pitou tenía el aire noble.

## CAPITULO LXV

En el que Catalina se hace á su vez diplomática.

El padre Clouis tuvo su fusil. Pitou era un muchacho de palabra; para él, prometer era hacer.

Diez lecciones semejantes á la primera, habrian hecho de Pitou un granadero perfecto.

Desgraciadamente el padre Clouis no estaba tan versado en la maniobra como en el ejercicio. Así que hubo explicado la vuelta, la media vuelta y las conversiones, se halló al fin de su repertorio.

Pitou tuvo entónces que recurrir al *práctico francés* y al Manual de la guardia nacional que acababa de publicarse, y al cual sacrificó la suma de un escudo:

Gracias al generoso sacrificio de su comandante, el batallón de Haramont aprendió á maniobrar muy regularmente; despues, así que Pitou vió que los movimientos se complicaban, hizo un viage á Soissons, y entónces vió maniobrar verdaderos batallones mandados por verdaderos oficiales.

Allí aprendió mas de lo que hubiera aprendido en dos meses de teorías.

De este modo pasaron dos meses; dos meses de trabajo, de fatiga y de fiebre.

Pitou ambicioso, Pitou enamorado, Pitou desgraciado en amores, y no obstante, saturado de gloria que era una débil compensacion para él, se habia desprendido, por decirlo así, de la parte bruta.

La parte material de Pitou habia sido cruelmente sacrificada al alma. Este hombre habia corrido tanto, habia movido tanto sus miembros, y agitado tanto sus pensamientos, que admiraba el que hubiese pensado en satisfacer ó en consolar su corazón.

¡ Cuántas veces despues del ejercicio (que sin embargo se verificaba despues de su trabajo nocturno), cuán'as veces Pitou habia cruzado las llanuras de Larny y de

Noúe en toda su longitud, despues la selva en todo su espesor, para ir á las tierras de Boursonne á acechar á Catalina!

Catalina que robando una ó dos horas al dia á las ocupaciones domésticas, iba á buscar á un pequeño pabellón situado en medio de un bosquecillo dependiente del palacio de Boursonne, á su amante Isidoro, á aquel dichoso mortal cada vez mas orgulloso, y cada vez mas bello cuando todo cedía y se doblegaba ante su voluntad.

¡ Cuántas angustias devoró el pobre Pitou, qué tristes reflexiones se vió precisado á hacer sobre la desigualdad de los hombres en materia de felicidad!

El, á quien buscaban las muchachas de Haramont, de Taille-fontaine y de Vivieres; él que tambien hubiera podido tener sus citas en la selva y que en vez de pavonearse como un amante feliz, queria mejor ir á llorar como un niño á quien han pegado azotes, delante de la puerta cerrada del pabellón de Mr. Isidoro.

Esto consistia en que Pitou amaba á Catalina; y la amaba tanto mas, cuanto que la encontraba superior á él.

No paraba la atencion en que Catalina amaba á otro; para él Isidoro habia cesado de ser un objeto de celos. Isidoro era un alto personage, Isidoro era de hermosas proporciones, Isidoro era digno de ser amado; pero Catalina, muchacha del pueblo, nubiera debido no deshonrar su familia, ó por lo menos hubiera debido no desesperar á Pitou.

Así es que cuando reflexionaba, la reflexion presentaba agudas espinas y dolores lacinantes.

¡ Qué! decía para sí Pitou, ella ha llevado la crueldad hasta el extremo de dejarme partir, y despues que me he alejado de su presencia no se ha dignado informarse de si me habia muerto de hambre! ¿ Qué diría el señor Billot si supiera que abandonando de este modo á sus amigos, descuidaba tambien los intereses de la casa? ¿ qué diría si supiese que en lugar de vigilar á los obreros la intendente de la casa, iba á que la hiciese el amor Mr. de Charny, un aristócrata?

El señor Billot no diría nada, sino que mataría á Catalina. Algo vale, sin embargo, decía Pitou, el tener semejante venganza á mi disposición.

Sí, era verdad, pero era una gran prueba de nobleza el no acudir á ella.

Sin embargo, Pitou había tenido ya ocasión de experimentar que las buenas acciones que pasan desapercibidas no aprovechan á los que las hacen.

¿Y no sería posible hacer conocer á Catalina aquel buen comportamiento de Pitou?

¡ Oh! no había cosa más fácil, y no se necesitaba más que acercarse cualquier domingo á Catalina durante el baile, y soltar á su oído y como por casualidad, una de esas palabras terribles que revelan á los culpables que un tirano ha penetrado sus secretas maquinaciones.

Aunque no fuese más que por hacer sufrir un poco á aquella orgullosa cruel, era cosa de hacerlo.

Pero para ir al baile era preciso presentarse en parangón con aquel poderoso señor, y no era una posición aceptable para un rival esta comparación con su amante tan galán y apuesto.

Pitou fértil en recursos, como todos los que saben concentrar sus pesares, encontró un medio mejor que el de hablar á Catalina en el baile.

El pabellón en que se verificaban las citas de Catalina con el vizconde de Charny, estaba rodeado de un bosquecillo, que era continuación de la selva de Villers-Cotterets.

Solo un foso indicaba el límite entre la propiedad del conde y la propiedad de los particulares.

Catalina que á cada instante se veía obligada por los negocios de la casa á ir á los pueblos vecinos, y que para ir á estos pueblos tenía que cruzar la selva, no tenía más que salvar este foso para penetrar en las tierras de su amante.

El pabellón dominaba también los árboles de este bosque; por sus ventanas guarnecidas de cristales de colores, se podía distinguir todo lo que pasaba alrededor, y la sa-

lida del pabellón estaba tan oculta por estos mismos árboles, que una persona que saliera á caballo podía en tres saltos hallarse en la selva, es decir, sobre un terreno neutro.

Pero Pitou había ido tantas veces de día y de noche, Pitou había estudiado tan bien el terreno, que sabía el sitio por donde pasaba Catalina, como el hábil cazador conoce el sitio por donde ha de pasar la caza para colocarse á tiro.

Nunca Catalina penetró en la selva seguida de Isidoro, Isidoro se quedaba algún tiempo después de su salida en el pabellón, para cuidar de que no la sucediese nada al marcharse, y después se iba por el lado opuesto.

El día que Pitou eligió para llevar á cabo su proyecto, fué á emboscarse en el sitio por donde tenía que pasar Catalina. Subióse sobre un haya enorme que dominaba con sus trescientos años el pabellón y los bosques.

No había trascurrido una hora, cuando vió pasar á Catalina. Ató su caballo á un tronco, y de un salto como una cierva espantada, salvó el foso, y se internó en los bosques que conducían al pabellón.

Este pasaba precisamente bajo el haya en que Pitou se había encaramado.

Pitou no tuvo que hacer más que descolgarse de las ramas y arrimarse al tronco del árbol; allí sacó un libro de su bolsillo, el *Perfecto guardia nacional*, é hizo como que leía.

Una hora después, el ruido de una puerta que se cierra llegó á oídos de Pitou, percibió el roce de un vestido entre el follaje, y la cabeza de Catalina apareció entre las ramas, mirando con aire asustado en derredor suyo, por si alguien la había visto.

Hallábase únicamente á diez pasos de Pitou.

Pitou inmóvil é impassible sostenía su libro sobre las rodillas.

Pero entonces en vez de hacer como que leía, acechaba á Catalina, con la intención de que Catalina viese que la miraba.

Catalina dejó escapar un ahogado grito, reconoció á Pitou y se puso pálida como si la muerte hubiera pasado á

su lado y la hubiese tocado con su helada mano, y despues de un momento de indecision, que se dejaba conocer por el temblor de sus manos y por la contraccion de su pecho, se lanzó en la selva, y arrojándose sobre su caballo tomó la fuga.

El lazo de Pitou estaba bien dispuesto, y Catalina habia caido en él.

Pitou volvió á Haramont medio feliz y medio asustado, porque apenas se dió cuenta á sí mismo del paso que acababa de dar, cuando vió en él una infinidad de detalles en que no habia pensado en un principio.

El domingo siguiente era dia designado en Haramont para una solemnidad militar.

Estando perfectamente instruidos, ó al menos declarados por tales, los guardias nacionales del pueblo, habian rogado á su comandante que los reuniera y los hiciese presentarse en un ejercicio público.

Algunos pueblos vecinos escitados tambien por la emulacion en los estudios militares debian ir á Haramont para presentar una especie de competencia á los primeros que se habian adelantado en el ejercicio de las armas.

Una diputacion de cada uno de estos pueblos se habia entendido con el estado mayor de Pitou; un labrador que habia sido sargento era quien los capitaneaba.

La noticia de tan brillante espectáculo hizo acudir una porcion de curiosos ataviados con sus mejores trages, y el Campo de Marte de Haramont fué invadido desde por la mañana por una multitud de muchachas y de niños, á quienes se reunieron mas lentamente pero con no ménos interés los padres y las madres de los héroes.

Hubo almuerzos en campo raso compuestos de fiambres y frutas del pais.

Pero despues cuatro tambores resonaron en cuatro distintas direcciones, que eran : Lagny, Vez, Taille-Fontaine y Viviers.

Haramont era el centro general, y tenia sus cuatro puntos cardinales.

En seguida oyóse un quinto tambor que conducia fuera

de la poblacion de Haramont á sus treinta y tres guardias nacionales.

Veíanse entre los espectadores á una parte de la aristocracia de Villers-Cotterets que habia acudido allí á reirse un poco á costa de aquellos héroes.

Habia ademas un gran número de arrendatarios de los alrededores.

No tardaron en llegar sobre dos caballos Catalina y la señora Billot.

Esto fué en el momento en que la guardia nacional de Haramont desembocaba del pueblo con un pito, un tambor y su comandante Pitou montado sobre un gran caballo blanco que Maniquet habia prestado á Pitou, con el fin de que la imitacion de París fuese completa, y de que el arqués de Lafayette estuviese plenamente representado *ad vivum* en Haramont.

Pitou, orgulloso y lleno de satisfaccion, cabalgaba con espada en mano sobre aquel inmenso caballo de doradas crines, y seguramente, si no presentaba un aspecto elegante y aristocrático, tenia al ménos un aire de robustez y valentia que chocaban á primera vista.

Aquella entrada triunfal de Pitou y de su gente que era la que habia dado el ejemplo en toda la provincia, fué saludada por estrepitosas aclamaciones.

La guardia nacional de Haramont llevaba sombreros iguales, todos adornados con la escarapela nacional, armados de relucientes fusiles, y marchando en dos filas con una igualdad estremadamente satisfactoria.

Así es que cuando llegó al campo donde habia de maniobrar, se habia ya conquistado todos los sufragios de la asamblea.

Pitou dividió á Catalina.

Pitou se puso encendido como la grana, en tanto que el rostro de Catalina se cubria de una mortal palidez.

Desde aquel momento la revista tuvo para él mas interés que para todos los demas.

Primeramente mandó hacer á sus soldados el ejercicio



de fusil, y cada uno de los movimientos que mandó fué seguido de una infinidad de aclamaciones.

Pero no sucedió lo mismo con los cuerpos de las demas aldeas, que estuvieron torpes é hicieron sus movimientos con irregularidad.

Los unos armados á medias, otros faltos de instruccion, se sentian ya desmoralizados en la comparacion, los otros exageraban con orgullo su pericia del dia anterior.

Y todos ellos no dieron mas que resultados imperfectos.

Pero del ejercicio se iba á pasar á la maniobra, y allí era donde el sargento esperaba á su competidor Pitou.

El sargento, por su antigüedad, habia recibido el mando general, y debia hacer maniobrar los ciento setenta hombres de que se componia todo aquel ejército.

Pero por mas esfuerzos que hizo no pudo conseguirlo.

Pitou con su espada bajo el brazo y su fiel casco sobre la cabeza, miraba con la sonrisa del hombre superior.

Despues que el sargento hubo visto las cabezas de sus columnas irse á estrellar contra los árboles de la selva, en tanto que los pies tomaban el camino de Haramont, cuando contempló sus cuadros desordenados, cuando vió las escuadras confundirse y los gefes de filas sin saber que hacerse, perdió los estribos y fué saludado por sus veinte soldados con un murmullo de desaprobacion.

Entonces resonó un grito unánime hácia el lado de Haramont.

— ¡Pitou! ¡Pitou! ¡Pitou!

— Sí, sí, Pitou, gritaron los aldeanos de los demas pueblos, irritados por una inferioridad que atribuian buenamente á sus instructores.

Pitou volvió á subir sobre su caballo blanco, y se colocó á la cabeza de su gente, á la que puso á la cabeza del ejército, y dió la voz de mando con tal energía y tan estentórea voz, que las encinas del bosque se estremieron.

En el mismo instante y como por milagro, se alinearon las rotas filas, los movimientos se ejecutaron con una seguridad y precision tales, y Pitou puso tan bien en prác-

tica las lecciones del padre Clouis y la teoría del perfecto guardia nacional, que obtuvo un éxito brillante.

El ejército reunido y por unanimidad, le nombró *imperator* en el mismo campo de batalla.

Pitou se bajó de su caballo, bañado en sudor y ébrio de orgullo, y en cuanto puso el pié en el suelo recibió las felicitaciones de los pueblos.

Pero Pitou buscaba en medio de aquella multitud las miradas de Catalina.

De pronto la voz de la jóven resonó en sus oidos.

Pitou no habia tenido que ir á buscar á Catalina, sino que Catalina habia ido á buscar á Pitou.

El triunfo era completo.

— ¡Y qué! dijo la muchacha con un aire risueño que estaba poco en armonía con la palidez de su semblante, ¿nada nos decís, á nosotros, señor Angel? Os habeis hecho tan orgulloso desde que sois un gran general.

— ¡Oh! ¡nada de eso! buenos dias, señorita Catalina.

En seguida dirigiéndose á la señora Billot.

— Tengo el honor de saludaros, señora Billot, dijo.

— Señorita, prosiguió volviéndose hácia Catalina, yo no soy un gran general, sino un pobre muchacho animado del deseo de servir á su pátria.

Esta frase fué transmitida de boca en boca, y declarada en medio de las universales aclamaciones, como una frase sublime.

— Angel, dijo por lo bajo Catalina á Pitou, es preciso que hablemos á solas.

— ¡Ah! exclamó Pitou para sus adentros, ya lo comprendo.

Y despues en voz alta.

— Estoy á vuestras órdenes, señorita Catalina.

— Pues entónces volveos con nosotros á la hacienda.

— Está bien.